

Leyenda guaraní del girasol

En una región mágica, donde la selva se encuentra con las caudalosas aguas marrones del río Paraná, vivían dos comunidades guaraníes.

La exuberante vegetación, con árboles altos, como el lapacho y el ceibo, y una abundante fauna de aves coloridas y mamíferos exóticos, creaba un entorno lleno de vida. A ambos lados del río, la comunidad liderada por Pirayú y la otra, por Mandió, mantenían un trato cordial y respetuoso, y sus pueblos convivían en paz.

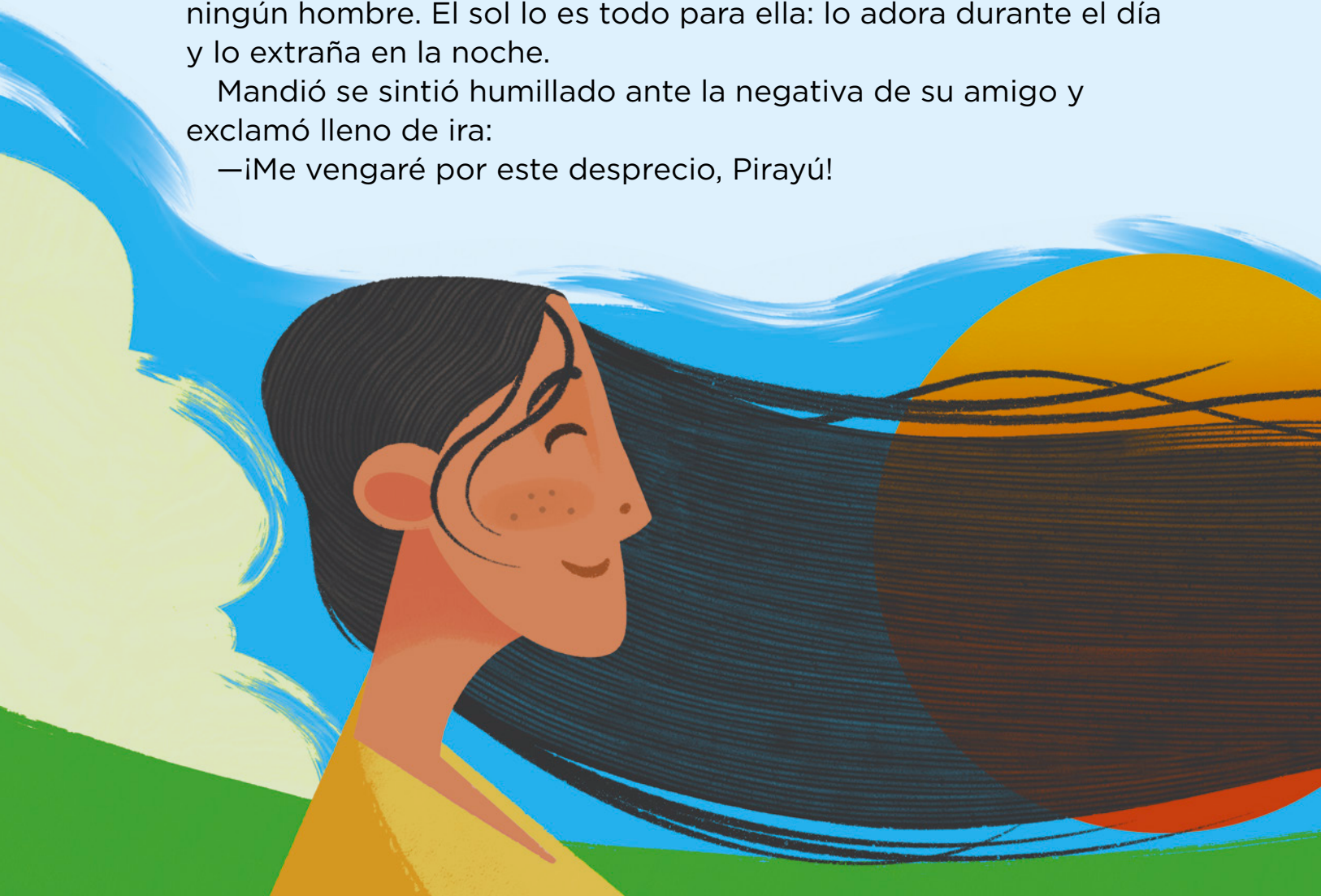
Pero un día Mandió, que era ambicioso, le dijo a Pirayú:

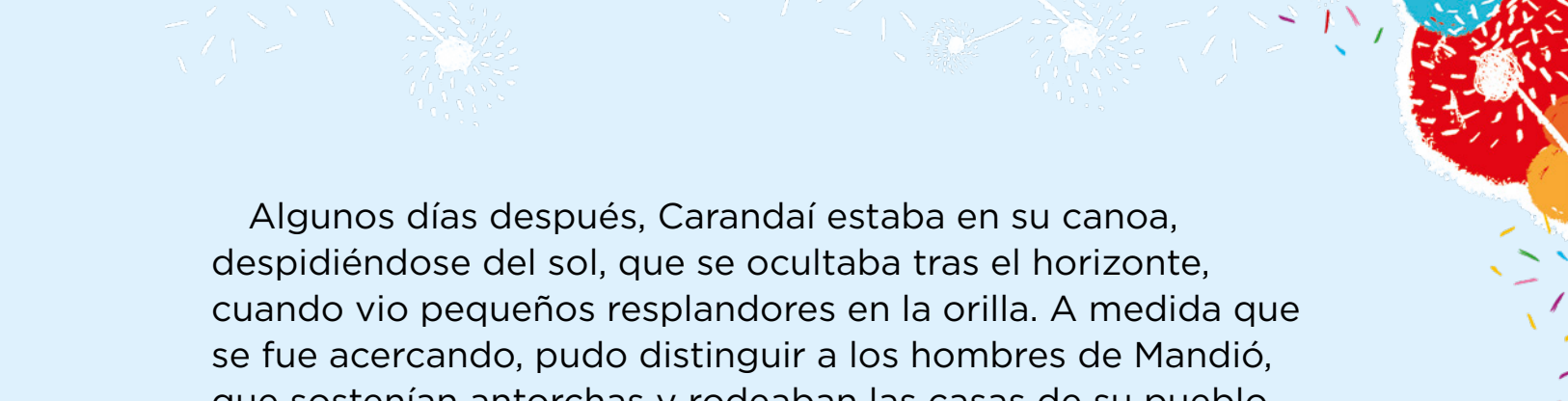
—Nuestros pueblos serían más fuertes si los uniéramos. Dame en matrimonio a tu hija, la bella Carandaí, para cerrar el trato.

—Eso es imposible —le respondió Pirayú—. Mi hija se ha consagrado al dios Sol desde pequeña y no quiere casarse con ningún hombre. El sol lo es todo para ella: lo adora durante el día y lo extraña en la noche.

Mandió se sintió humillado ante la negativa de su amigo y exclamó lleno de ira:

—¡Me vengaré por este desprecio, Pirayú!





Algunos días después, Carandaí estaba en su canoa, despidiéndose del sol, que se ocultaba tras el horizonte, cuando vio pequeños resplandores en la orilla. A medida que se fue acercando, pudo distinguir a los hombres de Mandió, que sostenían antorchas y rodeaban las casas de su pueblo. Carandaí lo entendió enseguida: el cacique se estaba vengando por su desamor, y toda su comunidad estaba en peligro.

Remó lo más rápido que pudo, pero, en cuanto desembarcó, los hombres de Mandió la apresaron con fuerza.

—Veamos cómo te ayuda ahora tu sol, princesa —rió Mandió cruelmente—. Así aprenderá tu padre a no desdeñar a un amigo.

Carandaí, acorralada, buscó con la mirada un último rayo de sol en el horizonte e invocó a su dios:

—¡Sol, te suplico, ayúdanos a mí y a mi pueblo!

En ese instante, el sol, que estaba a punto de desaparecer para dar lugar a la noche oscura, refulgió como si fuera pleno día. Un torbellino de luz envolvió a Carandaí y a su pueblo. Mandió y sus hombres gritaron de miedo y huyeron hacia la selva. El torbellino se fue aplacando hasta desaparecer. El pueblo estaba a salvo, pero Carandaí había desaparecido. En su lugar, una pequeña flor dorada se desperezaba. Ese fue el primer girasol, la flor que sigue al sol con la mirada.

Versión libre de Eva Bisceglia de la leyenda guaraní del girasol.

